

RAMÓN J. VELÁSQUEZ: HUMANISTA¹

Pedro Grases

El Dr. Ramón J. Velásquez ha dedicado su existencia a desentrañar la verdadera sociedad contemporánea de Venezuela, asunto que no se cursa en ninguna Universidad en los países hispanoamericanos. Abastecido en su educación en los predios del Derecho, acumuló la experiencia de periodista iniciada desde su adolescencia, a los 15 años, cuando vio que tenía algo que decir en pro de la cosa pública. Su integridad humana, formada en la tradición tachirense, fue modelando su carácter de hombre probo, recio, honesto, intransigente con el error y la picardía, hasta ser una de las plumas más notables en la difícil interpretación sociológica y política del siglo XX venezolano. Asentadas sus indagaciones en el basamento de todo el proceso histórico del país, fue trazando su ideario de ciudadano político activo, con peculiar penetración y capacidad. Seguramente la más ardua de las facetas de historiador, es la del expositor de la sociedad viva, presente o próxima, pues quien se dedica a periodos lejanos puede apoyarse en documentos y testimonios escritos. Pero descifrar el significado de los hechos recientes exige una competencia excepcional. Opera sobre hechos y conductas, que no se transcriben por escrito como sucede en los registros de los acontecimientos pretéritos, sino que ha de ceñirse a comprender la evolución de una comunidad sobre la marcha, acerca de lo que pasa ante los ojos del observador, mientras transcurre la vida en plena palpitación. Es preciso disponer de una singular percepción para diagnosticar sobre los hechos sociales, de todos los días, para acertar en la orientación y el destino de una comunidad. En historia antigua se busca explicar el pasado; en historia moderna, coetánea, se persigue penetrar razonadamente las señales del momento actual y juzgar sobre lo futuro. Es un cambio sustancial de perspectiva: una hacia lo sucedido; la otra hacia lo que sucede y va a suceder. Y, realmente, esto es otra historia, en la cual ha demostrado tener el Dr. Velásquez maestría excepcional.

Para un simple espectador, los sucesos que tiene ante la vista no le dicen nada de particular. Para quien posea especial agudeza de captación, la conciencia de los signos cambiantes es el rumbo de una sociedad y en la conducta de sus hombres, le proporcionan material seguro -como si fuese un testimonio en relieve- para

¹ **Tomado de:** *Ramón J. Velásquez: estudios sobre una trayectoria al servicio de Venezuela.*- Caracas: Universidad Metropolitana; Universidad de Los Andes, 2003, pp. 51-65.

desarrollar sus deducciones. No es que vaya en busca de la profecía, pues el oficio de agorero o adivino corre gravísimo riesgo de error; sino que profundiza y asienta su glosa para separar lo trivial de lo trascendente. Y en eso es sumamente diestro el Dr. Velásquez. Sus páginas quedarán como excelente glosa e interpretación de la vida de Venezuela, particularmente en todo lo atinente a la evolución del país desde las últimas décadas del siglo XIX hasta hoy, dicho de otro modo: el último siglo de la Nación.

Rasgo eminente en todos sus trabajos, aparte del dominio de cada tema, es su honestidad intelectual. Va en procura de la verdad y de la exactitud en sus exigencias. Cuando se elabora así el pasado inmediato y el presente no hay que buscar el acierto en la identificación de los protagonistas o de los actores ocasionales, sino en si el rumbo e evolución de la colectividad ha sido enjuiciada con acierto o nobleza. Y esto no falla nunca en los escritos del Dr. Velásquez. Además esta postura de historiador corre pareja con su autoridad de ciudadano, que lo ha hecho acreedor al respeto de la Venezuela actual. Y esto es un timbre del que puede sentirse orgullo, de modo muy particular en el mundo de la política, donde es frecuente que enturbie la estimación de las personas un triste afán proselitista para sumar adeptos a la propia tolda. No hay ninguna aseveración en los estudios publicados por el Dr. Velásquez que no esté enraizada en algún hecho probado y en su actitud interpretativa de los hechos.

Conocedor de las gentes que han transitado en el escenario de la geografía de Venezuela, desde la Independencia hasta los días actuales, sabe disertar los caracteres del alma humana con sorprendentes trazos en cada explicación. Muy probablemente ha influido en ello su experiencia de periodista que ha tenido que dialogar con personajes y distinguir la realidad de la fantasía, o leer las intenciones no dicha: palabra oída. Esta práctica le ha proporcionado además un ejercicio poco común para rehacer el modo de ser de los protagonistas coetáneos. Valga, para prueba indiscutible, su libro *Confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez*, obra sensacional que no dudo en afirmar que era él, el único que podía escribirla. Constituye un alarde de recreador de una realidad muy próxima, coloreada en leyendas y anécdotas perturbadoras, pero que esta ahí incrustada en la historia del primer tercio presente siglo.

Lector infatigable, y buen lector, pues sabe ver incluso lo que hay entre líneas, está armado de un conocimiento de los seres y sus conductas. Adentrarse en la lectura de las páginas escritas no es frecuente en cualquier sociedad, particularmente en Venezuela donde se lee poco.

Es un formidable generador de empresas de cultura, con atención especial en la promoción de colecciones y series editoriales, que muestran una decidida preocupación para dar a Venezuela repertorios documentales, auténticos y fehacientes, respecto al proceso histórico nacional, con preferente dedicación a los temas del país en los siglos XIX y XX. Y, además, coordinador de ediciones y de pesquisas historiográficas.

Persuadido de la importancia básica de las publicaciones periódicas en Venezuela como repositorio del quehacer nacional, funda institutos universitarios de investigación periodística y estimula y dirige monografías sobre aspectos y acontecimientos a través de la prensa del país. Así mismo crea y promueve revistas testimoniales acerca de la historia moderna de Venezuela, como el *Boletín del Archivo Histórico de Miraflores*, en donde se incluyen los documentos de la actuación de los gobiernos de Cipriano Castro y Juan Vicente Gómez, que cubren el primer tercio del siglo XX. Los comentarios introductorios de los textos transcritos son, en realidad, un curso completo de la historia moderna de Venezuela, base indispensable para entender la historia subsiguiente partir de la muerte del General Gómez.

Sus monografías originales sobre temas del próximo pasado venezolano son auténticos tratados para aclarar periodos y épocas del pretérito nacional. Cada libro es una real tesis universitaria que merecería la más alta graduación en el Doctorado más exigente.

El conjunto de esta obra escrita, mas su acción de brillante periodista y director de importantes órganos de prensa en Caracas, le han granjeado una reconocida talla de especialista de la Venezuela de los tiempos actuales.

1. Sus temas son de la vida venezolana

No es adecuado, ahora, enumerar las obras publicadas por el Dr. Velásquez, incorporadas ya al acervo del capital bibliográfico nacional. Durante cuarenta y cinco años (desde 1940) ha ilustrado al país con libros y monografías, que forman un conjunto sustancial como aporte a la historiografía nacional. Sus temas son la vida venezolana, particularmente la de los tiempos modernos, desde Joaquín Crespo hasta nuestros días, en cuyo campo es maestro indiscutible. Hablen sus dos obras excepcionales: *La caída del liberalismo amarillo* y *Confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez*, dos libros que se han considerado clásicos, desde el día siguiente de su impresión.

Acaso esta afirmación podría inducir a error, porque soslaya un aspecto importante en la producción histórica del Dr. Velásquez, que es el profundo conocimiento de todo el pasado de Venezuela, desde las vísperas de la emancipación en las postrimerías del siglo XVIII. Vale la pena poner la atención al libro *Los pasos de los héroes*, denso y excelente escrito, con rica variedad temática, desde los días coloniales hasta nuestro siglo. Da materia para exégesis de las ideas historiográficas del Dr. Velásquez que están presididas por el entrañable propósito de asegurar en los hechos del pretérito sus interpretaciones de la Venezuela moderna, así como los requisitos para el respeto de la moral pública. Limitare mis comentarios a algunos puntos identificadores de la personalidad del Dr. Velásquez como historiador.

Fija su criterio historiográfico en la «explicación preliminar» al volumen *Los pasos de los héroes*:

La historia no es futurología, ni paleontología. Pero sí brinda al investigador, al estudiante y al curioso impertinente, los elementos de información y juicio para poder adivinar entre las sombras de la madrugada qué es el futuro, los posibles pasos de una comunidad que vive en un escenario tradicional y tiene hábitos mentales, usos y costumbres que perduran por encima del cambio de las modas (p. XVI).

Este es el principio indeclinable que guía y orienta los trabajos de historiador, que emprende el Dr. Velásquez para forjar su teoría ética de los venezolanos, que logra su enunciado concluyente y sintético en la frase con que termina la Introducción a las *Confidencias imaginarias Juan Vicente Gómez*: «La historia es camino, espejo y mensaje».

Armado con este convencimiento doctrinal, emprende la variedad de temas que recoge en el volumen *Los pasos de los héroes*, donde traza las lecciones que brinda a sus compatriotas para que elaboren su código de conducta. Así, estampa en la Introducción a *La caída del liberalismo amarillo*:

El propósito que me animó a escribir estas páginas fue muy simple. Lograr que el hombre de la calle, el venezolano que no llegó a la Universidad, el compatriota que no tiene oportunidad de sumergirse en eruditos volúmenes pueda mirarse en el espejo de la historia.

Regados a lo largo de las páginas del libro aparecen registradas ciertas normas de hermenéutica histórica, que forman parte de la metodología que aplica Velásquez en sus estudios del pasado nacional. Cito algunas ideas:

En materia histórica no hay fenómenos prematuros. Se presentan ciertas circunstancias que facilitan la eclosión de determinados factores.

Pretender fijar una fecha de iniciación de un proceso histórico es una temeridad.

En más de un ensayo histórico, el Dr. Velásquez sostiene el criterio interpretativo de que las causas del movimiento de emancipación nacional radican en la propia evolución de los estamentos sociales de la Venezuela colonial, particularmente a lo largo del siglo XVIII. Acentúan consideración de las condiciones económicas y de la peculiar contextura de la sociedad en Tierra Firme como motivos determinantes, más que en las influencias ideológicas de la filosofía política de la Ilustración. Estudia la significación de los sucesos en la pre-independencia, en los cuales ve las señales de la vía hacia la autodeterminación. Habla de que «la voz profunda y popular de América quería abrirse caminos propios».

Es posible que tenga razón, pero no puede desdeñarse la divulgación de las ideas, que en todo caso habrán sido la revelación de una coincidencia en el anhelo de liberación que haya podido sentirse por los pueblos, aún en la ignorancia de las teorías de la explosión de nacionalismos en Estados Unidos y en Europa.

El estudio de la personalidad de Cristóbal Mendoza, el primer presidente de la Venezuela independizada, constituye uno de los mejores ensayos salidos de la pluma del Dr. Velásquez. La glosa a la biografía de Mendoza es una fina interpretación de un hombre de virtudes («La bondad útil» como lo definió Bolívar), integro, honesto y justo, induso en su severidad hacia su propia conducta. La trayectoria de Mendoza en su época es un profundo tratado identificador de un prócer de su tiempo. Estimo la monografía de Velásquez como uno de los mejores trabajos relativos a un protagonista de la emancipación.

Presenta la figura de Cristóbal Mendoza como «venezolano ejemplar, espejo de virtudes cívicas, que hoy, como antaño, mantiene la misma vigencia». Mendoza «se mantuvo dentro de su condición de civil, porque cuando se amasan las patrias tanta importancia adquiere el derecho como las armas que lo sostienen»; su acción política no fue «simple ejercicio de filantropía, sino más bien acción, energía que se transforma en constante enseñanza, en obra de beneficio colectivo». Añade: «El hombre de bien, el vecino honrado vive tranquilo bajo el árbol de la Patria, no es entrometido ni orgulloso, pero tampoco se niega servirla cuando lo llaman», «sin cargar malas intenciones, sin ocultar en su equipaje intereses distintos a los de la salud misma de la Patria».

El modelo humano de Cristóbal Mendoza es enaltecido por el Dr. Velásquez en esta conclusión «Es un mensaje sencillo, nítido, como u propia vida». Y de ahí la consecuencia del moderno politólogo: «en los tiempos que nos ha tocado vivir, tan intensos y fecundos en sucesos de la más variada índole, la actuación de Cristóbal Mendoza es fuente de ejemplares enseñanzas».

2. A propósito de Bolívar

A propósito de Bolívar, escribe tres capítulos luminosos. Uno sobre la educación del futuro Libertador; otro sobre Bolívar y la moral de los gobernantes, y un tercero acerca de la amistad de Bolívar con Sucre. Es un repaso de diversas facetas identificadoras del carácter y el ideario del hijo más ilustre de Caracas. He de constreñirme a la mención de algunos rasgos, para no extender demasiado la glosa a tan importante análisis que urde sobre la ejemplaridad de Bolívar para la firme admonición hacia nuestros días. Veamos algunos fragmentos que indican la vía de análisis del Dr. Velásquez: «Pensó siempre el Libertador que en la lucha contra la corrupción, la primera trinchera la constituye la moral del gobernante».

Desprende lecciones de vibrante alerta para quienes dirigen en nuestro tiempo los destinos de los pueblos:

En leyes y decretos, bien en órdenes o en cartas, creó Bolívar un verdadero y perdurable tratado de moral y cívica, cuya vigencia brinda soluciones a muchos de los problemas de organización política y ética administrativa que aun en la hora presente, confrontan nuestras naciones. Sus juicios, en aspectos fundamentales del vivir latinoamericano, mantienen actualidad.

Subraya Velásquez la convicción de Bolívar respecto a la corrupción, «verdadero flagelo moral de las naciones», que solo puede evitarse con «la actitud que ha de asumir el ciudadano frente a los intereses colectivos; actitud de vigilancia e intervención oportuna», para concluir que «la conciencia cívica es fruto de un largo ejercicio de los derechos ciudadanos».

La consideración de los días juveniles de Bolívar en la Venezuela de los años postreros del siglo XVIII, inspira a Velásquez la evocación del paisaje de Aragua, vivido por Bolívar, la pagina más lírica que estampa en su obra *Los pasos de los héroes*. En una glosa a la influencia que los floridos valles aragueños habrán tenido para siempre en el alma del Libertador, que los recordó a toda hora como paisajes de preferente afecto.

Transcribo la espléndida página que escribe Velásquez, como paréntesis emotivo, viñeta de colores, como letra capital para iniciar el texto de rigor histórico:

La larga llamada, de los tablones de los cañamelares, donde a veces una recatada parcela de trigo se mostraba más tierna y lozana cuando la brisa erizaba las hierbas y los ástiles de los cañabrales dejaban al aire el plumón de sus veradas.

Ahí estaba, sobre el collado, la casona llena de recuerdos, desde cuyos corredores se oteaba la lujuriosa feracidad del valle. Abajo, el ingenio. La paz reinaba en aquellos días y nadie preveía, entonces las horrendas escenas que acontecerían mas tarde.

Los bucólicos encantos de otros días se quemarían en la desolación que dejan los odios. Cual fieras se lanzarían unos hombres contra otros y las largas lenguas de los incendios iluminarían sacrificios inauditos, victimas inmoladas a dioses sangrientos que reclamaban su ración para que las gentes de estas tierras pudiesen ser libres y vivir seguros al amparo de las instituciones democráticas.

Rubí asentado en el corazón de una inmensa esmeralda. Aguas que corren por sobre la verde alfombra. Luna y estrellas que por las corrientes se fugan hacia el mar. Befarias de encendidos matices pintan de rojo el cuerpo de la montaña. Por los trezados caminos se descuelgan las bestias con su arrullo de campanillas y sus cestas de flores y aromadas frutas. Los bosques de la serranía han invadido las casas y en los corrales bajo la sombra amiga, repastan las bestias de silla, juegan los niños y se adormila la vaca barcina.

Aquí aprendería Bolívar el secreto del paisaje americano. El secreto que es guardado cuidadosamente por el samán de generosa sombra, la ceiba de talle opulento, la orgullosa palma y estas flores menudas en cuyas minúsculas corolas el sol esconde sus hilos. ¿Qué sueños teje bajo el bucare el mozo Simón Bolívar?

No esta negado ciertamente el Dr. Velásquez a la prosa poética, que de vez en cuando se aleja de los argumentos en su severo discurrir histórico. Trasuda emoción ante la tierra que el también ama y aunque se salga del rigor de la exposición de los documentos y de la frialdad de la comprobación de los hechos, nos presenta en estilo personal y creador una digresión que nos conmueve.

Diría que es un delicado tapiz el capítulo donde comenta la amistad de Bolívar y Sucre, ensayo que del principio al fin está escrito con delicadeza de sentimientos ante la fraterna relación de los dos talentos de la liberación, porque ambos «estaban limpios de escorias espirituales» y por ello preferían «la amistad a la gloria». La mutua devoción que se profesaron en vida, da a Velásquez tema para desarrollar un curso

entero de sicología, expuesto de mano maestra. En los distintos momentos y circunstancias en que caminaron juntos en la historia, dieron siempre las señales de servicio y nobleza. Distanciados en la edad (algo más de una década, más joven Sucre) la identidad de afectos y juicios, como entre hermanos, le permite a Velásquez diseñar el cotejo de las dos vidas, con profundo conocimiento de las reacciones de cada instante. Es rasgo eminente en el ensayo, la forma como aduce las citas a cartas y documentos. Subrayo no tan sólo el profundo estudio de los testimonios escritos, sino la forma magistral como los invoca. Recomendaría este capítulo como pieza de obligada lectura en las escuelas del país, particularmente en educación secundaria, cuando los jóvenes andan en busca de los modelos éticos dignos de imitación.

Con plena conciencia de su posición ante la historia como protagonista de la epopeya liberadora de un continente, Bolívar dispensa a Sucre el trato más elegante y generoso que recuerden los anales de la emancipación. Anota, entonces, Velásquez una fina observación que nos aclara la relación humana, ejemplar entre ambos héroes.

Escribe:

Una antigua máxima surgida del seno de una sociedad señorial aseguraba que así como el amo, tal debía ser el criado. Glosándola con sentido moderno tendríamos que el superior jerárquico vale según la capacidad del equipo humano que le secunde. Pocas veces es seguido el consejo. Enaltecer el subalterno hace resaltar los méritos del dirigente. Sin embargo, no abundan personajes que como Bolívar buscasen cumplir el precepto político anterior. Son raros personajes tan ajenos a mezquindades como Bolívar y Sucre. Sobre todo cuando se tiene conciencia del propio valer.

En el capítulo sobre «Caída y destierro de Páez» escribe una lúcida estampa del gran llanero, cuyas vicisitudes registra en su ensayo. También en este punto, lleva sus deducciones a la época actual:

Páez ofrece lecciones imperecederas. Para bien o para mal del país, muchos aspectos de lo que llamaríamos estilo paecista, actuaciones a la manera peculiar de Páez, se reiterarán y sus prácticas las actualizarán, cada una en su tiempo; cuantos le suceden y ejerzan el tipo de poder que el ejerció.

3. La Venezuela real.

En *Los pasos de los héroes*, incluyó el Dr. Velásquez la monografía que escribió para el libro *El campo venezolano*, que editó la Fundación Eugenio Mendoza en 1973.

El trabajo de Velásquez se intitula «Aproximación a la historia rural de Venezuela», donde incorpora las relaciones de los extranjeros viajeros por el país, desde Humboldt hasta fines del siglo XIX. Especifica la intención de su trabajo en la siguiente forma:

Me ha parecido realmente útil hacer el catalogo y más tarde la antología de las andanzas descubridoras de estos viajeros, pues creo que la descripción de esa Venezuela real, aislada, pobre, analfabeta, contribuye de una manera eminente a lograr una mejor comprensión del proceso político y de la suerte de nuestras instituciones republicanas, a lo largo de más de cien años de historia. Juzgar este proceso y calificar y clasificar a sus actores, como si la Venezuela de aquel tiempo fuera la civilizada Francia de la bella época, y pensar que los minúsculos grupos semicultos y cultos de Caracas, Mérida, Valencia, Coro, Cumana iban a determinar cambios trascendentales en una realidad uncida a los poderosos intereses del atraso, el desierto y la miseria, es fabricar una mentira para fabricar una historia.

Comenta sagazmente cómo ha evolucionado el conocimiento de la pia tierra, con el cambio en los medios y sistemas de transporte que ha impuesto la rapidez en perjuicio de la contemplación morosa. Es expresiva la siguiente cita:

Muchos aspectos de nuestra tierra escapan la consideración de quienes viven en el país o en él han nacido. Aun cuando hoy nos preocupa dramáticamente nuestro destino, conocemos menos nuestra tierra bajo ciertos aspectos que los venezolanos de las pasadas centurias. Antaño se viajaba a pie, a caballo, en carreteras, usando pequeñas embarcaciones. Naves de río de pequeño porte en la década de los 20 remontaban hasta Guerrilandia y El Baúl. Por La Grita remontaban las canoas hasta Seboruco. Por el Tuy, de Paparo a Santa Teresa, los «alijos» mantenían un intenso tráfico. La morosidad ha sido sustituida por la rapidez. Nos desplazamos a lo largo de carreteras que pasan por las goteras de las poblaciones o volamos sobre el país, de un extremo a otro, en pocas horas. Cuando la independencia, los correos o chasquis invertían hasta dos meses en la ruta de Angostura a Santa Fe de Bogotá.

No podemos detenemos, como quisiéramos, en las obras que Velásquez ha dado a las prensas. En cada libro, en cada monografía habría tema para el comentario, pero no es lugar ni circunstancia propicios. Anotamos, sin embargo, algunos títulos: *Individuos de número*, volumen explicado en su introducción, donde aclara que aspira recoger la memoria de los historiadores académicos que hicieron de la historia la «razón de ser de sus vidas y obras, personalidades cimeras en la vida cultural del siglo XX venezolano». En realidad la obra es una revisión de la historiografía nacional.

El cambio del siglo, del XIX a XX, está reflejado en *La caída del liberalismo amarillo*, otro de los más legítimos éxitos de Velásquez, historiador. Ya hemos mencionado *Confidencias imaginarias de Juan Vicente Gómez*, obra maestra de reconstrucción psicológica del personaje más discutido del siglo XX venezolano.

Y cierro esta nota relativa a la obra escrita del Dr. Velásquez con la mención de dos pequeños grandes libros sobre dos puntos de la geografía nacional. Uno: *Coro, raíz de Venezuela*, hermosa estampa histórica; y *San Cristóbal, donde la patria empieza*, que es el homenaje del Dr. Velásquez al solar de sus amores, el Táchira, con esta conferencia-elogio, en 1961, al cumplirse los cuatro siglos de la fundación de la ciudad. Recuerdo una afirmación de don Emilio García Gómez, el más eminente arabista de la España actual, quien escribió: «Quien no tiene provincia, tiene que inventarse una». Ramón J. Velásquez tiene la suya, entrañable, la de los Andes, y en la inmensidad de la sierra el refugio predilecto para su corazón: San Cristóbal. Véanse con atención, las palabras del apóstrofe con que cierra la oración a *San Cristóbal, donde la patria empieza*:

RÍO INTERMINABLE

Mi admirable ciudad cristobalense; a través de estas líneas calurosas yo, el más pequeño de tus hijos, he querido contar en nombre de todos mis hermanos la historia que señala tus jornadas. Como en los viejos tiempos al ple de los samanes, hemos tomado asiento al abrigo de tus torres para evocar la espesa trayectoria. Pobres son mis palabras, humilde el estro que en mi labio alienta. Para decir tu elogio, otra voz que esta mía la inmensa de tu pueblo, sería precisa. Él te canta, en verdad, hora tras hora: te vive, te trajina, te exalta con denuedo al mover la faena infatigable la estrella de tu mágica estatura.

Tú vas al porvenir. Los que hoy hablamos, habremos de caer, como cayeron los hombres ya pintados en mi cuento. El día del mañana que se anuncia verá crecer la luz de tu cintura, alzarse al cielo claros, altivos edificios, poblarse el valle con rumor sonoro, vivir de lleno el porvenir mejor.

En esa hora de cosecha opima, ya nuestros huesos por el tiempo rotos serán humilde abono de esa tierra en que tu delicado vaso apoya el pie. Más tú, señora, ciudad de San Cristóbal benemérita, llevaras como río en tus caudales el signo del amor con que te vemos y la brasa de fe que hoy te entregamos.

La prosa de Velásquez la prosa de Velásquez ofrece caracteres peculiares. Dice exactamente lo que quiere expresar en estilo directo y con frase rotunda. A veces, no obstante, adquiere como hemos visto, donaire de delicado lirismo, cuando describe

un paisaje de naturaleza que haya vivido; o se contrae a la explicación psicológica en algún trance biográfico del personaje que está estudiando. La presión de las circunstancias en la vida de algún protagonista en la historia nacional, la declara magistralmente, porque se adentra en las reacciones o en las reflexiones que en un momento determinado impulsan las voluntades. Entonces, el tono de su lenguaje pasa de la exposición severa y sobria, característica del relato, para elevarse a giros de calidades metafóricas agudas, certeras y sumamente expresivas. Diríase que escribe al compás de la emoción o el entusiasmo que suscita en su ánimo el juego de los acontecimientos en intimidad del hombre, cuya explicación está elaborando.

4. Un largo y fecundo diálogo

Velásquez es con frecuencia noticia, pues desarrolla una constante actividad como autor, como conferenciante, parlamentario, consejero de la opinión pública, padrino de libros, asistente a simposios, promotor de ediciones o miembro de grupos de trabajo sobre temas nacionales.

La palabra del Dr. Velásquez tiene repercusión nacional, como miento de maestro. Por eso se le solicita asiduamente. Su palabra corresponde a la de un sociólogo humanista, que vive en el trance y la preocupación por su pueblo. A fuerza de meditación ha forjado una singular comprensión de los caracteres del venezolano en quien tiene profunda fe. Busca en los antecedentes del país las líneas del porvenir convencido de que «la historia es una fuerza de futuro» a la que hay que acudir «si queremos encontrar caminos y orientaciones», pues «los es pueblos hacen de su historia el motivo de su fortaleza y nosotros tenemos nuestros propios ejemplos».

Establece en un puñado de requisitos las necesarias bases de una nación sana para construir el porvenir. Propone volver los ojos a la tradición de sobriedad y corrección en el pasado venezolano, a los ejemplos de honestidad nacional, lo mismo que Augusto Mijares, hermano en el pensamiento y en los propósitos, llamo «lo afirmativo venezolano». Demócrata en su más riguroso sentido de la palabra, reclama que debe reforzarse la democracia como eje y nervio de la vida privada y la vida pública, asentándolo en la verdadera educación que es la de los valores éticos más que en la simple enseñanza de conocimientos, para que el país disponga de ciudadanos íntegros.

Cree en la democracia que «ante todo es y debe ser un estilo de vida nacional, caracterizado por el riguroso equilibrio de cargas y ventajas entre los distintos

sectores sociales y económicos, el mantenimiento del orden institucional y la sanción efectiva de quienes caen en faltas y delitos». «La democracia nunca puede culpar a terceros de sus crisis y desprestigio, pues es el único sistema de gobierno que tiene en el reconocimiento de sus propios pecados y en su público castigo, el camino de su fortalecimiento».

La vida del Dr. Velásquez ha sido un largo y fecundo diálogo con las gentes de Venezuela, las que ha tratado en persona y las que ha conocido en los anales del pasado. Y se ha dedicado a dar a conocer a su pueblo el resultado de su experiencia de historiador, con la ilusión de hacer el bien, al difundir entre sus coetáneos las conclusiones a que llegaba en su continuo reflexionar sobre los rasgos y trazos de la Venezuela de todos los tiempos, razonado el todo con un poderoso sentido común. Empezó pronto, a los 15 años, con el periódico *Juventud*, ingreso en el taller de su padre.

Con gran sentido de la amistad, en la bonanza y en el infortunio, el Dr. Velásquez ha reunido una suma impresionante de simpatías en la comunidad de la actual Venezuela. Conozco lo difícil que es acompañarlo en reuniones o en la calle, pues a cada momento se encuentra con personas amigas o conocidas, que lo saludan con cariño y respeto.

El prestigio que ha alcanzado en la Venezuela de nuestros días, ha sido logrado a base de esfuerzo y tenacidad en su proceder rectilíneo. Habla poco de sí mismo. Por natural modestia y pudor, pero alguna vez se desliza en lo que escribe algún rasgo autobiográfico como al hablar del tema que pensó primeramente para el discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia, escribe:

La lucha por la vida frustró éste con muchos otros proyectos, que imaginé poder acometer a lo largo de los años y cuya realización quedó en el cementerio de los sueños.

O cuando preparó tan documentadamente el tema del periodo venezolano desde el final de Guzmán Blanco (1888) a la llegada al poder de Cipriano Castro (1899) para su libro *La caída del liberalismo a amarillo*, dice:

Dedique días de forzada desocupación a buscar las huellas perdidas de aquellos hombres y a descubrir el paisaje social y político de esos tiempos. La Biblioteca Nacional era el refugio que brindaba las claves para avanzar por los caminos del mundo perdido.

Vida de tenaz esfuerzo en sus andanzas por los predios de la historia en campos trillados escasamente por sus predecesores, hacia un horizonte de historia patria, que carecía de señales indicadoras del camino interpretativo que se debía seguir; presencia provechosa y modélica en la Venezuela contemporánea, construida a base de rigor en la actualidad de todos los días hasta labrarse un nombre honorable y admirado por su palabra de crítico, con madurez de juicio y una obra escrita digna de consideración, le dan al Dr. Velásquez su lugar propio, forjado por la noble pasión por el país, al servicio de la democracia y el bien de su pueblo. Su voz se escucha como un consejo de vastos sectores de la población de Venezuela, por la intención y el talento de sus dictámenes. Toda Republica necesita de espíritus vigilantes que sepan y se atrevan a formular sus advertencias para el bien común. Este es el papel que el Dr. Velásquez se ha impuesto a sí mismo como primera obligación. Sus actuaciones como legislador y hombre de gobierno han merecido asimismo general reconocimiento.

Discurso pronunciado en el Paraninfo de
la Universidad de Los Andes, Mérida, en
1986, en ocasión de otorgarle a Ramón J.
Velásquez el título de Doctor Honoris
Causa de dicha Universidad.